



CAPITULO IV.

Retrato de Ganganelli.—Su elogio de los Jesuitas.—Lorenzo Ricci, general de la Compañía le hace nombrar cardenal.—Los filósofos y los Jesuitas tienen esperanzas en él. Entusiasmo de los romanos.—Corre tras de la popularidad.—Juicio de D' Alembert y Federico II.—Correspondencia de los ministros españoles con M. Azpuru y el caballero de Azara, plenipotenciarios de España en Roma.—Ultima palabra de la diplomacia del siglo XVIII.—El cardenal Bernis embajador de Francia cerca de la Santa Sede.—Por complacer al papa, aplaza la cuestion de los Jesuitas.—El conde Kaunitz y el papa.—Prohíbe éste al general de la Compañía que se ponga en su presencia.—Clemente XIV y las potencias.—Su carta á Luis XV.—Sus motivos de equidad en favor de los Jesuitas.—Despacho de Choiseul á Bernis.—Bernis forma empeño de obligar al papa á que prometa por escrito al rey de España que abolirá en un tiempo dado la Compañía de Jesus.—Ganganelli estudia el modo de eludir este segundo compromiso.—Roda escribe á Azara para que obre.—Política de los gabinetes con respecto á la Santa Sede.—Clemente pierde en Roma toda su popularidad.—Los franciscanos Buontempi y Francesco.—La caída de Choiseul da alguna esperanza á los Jesuitas.—El duque de Aquillon y madama du Barry se vuelven contra ellos.—Muerte de Azpuru.—Moñino, conde de Floridablanca, va de embajador á Roma.—Este intimida y domina á Clemente XIV.—Sus entrevistas.—María Teresa se opone á la destruccion de los Jesuitas, con todos los electores católicos de Alemania.—José II la decide á condicion de dejarla la propiedad de los bienes del instituto.—María Teresa se une á la casa de Borbon.—Proceso intentado contra los Jesuitas de Roma.—Monseñor Alfani, su juez.—La sucesion de Pizani.—El Jesuita y el caballero de Malta.—El colegio romano condenado.—El seminario romano puesto en sospecha.—Tres cardenales visitadores.—Los Jesuitas arrojados de sus colegios.—El cardenal de York pide al papa su casa de Frascati.—El padre Lecchi y la comision de las aguas.—El folleto español y su respuesta.—Benvenuti desterrado de Roma.—El cardenal Malvezzi en Bolouia.—Correspondencia secreta entre el papa y el visitador apostólico de las casas de la Compañía.—Precauciones para enganar al pueblo.—Confesiones del arzobispo de Bolouia.—*Et ne fiat tumultus in populo.*

Lorenzo Ganganelli, nació en San Arcángelo el 31 de Octubre de 1705, y tuvo por padre á un médico de aldea. Siendo aun muy jóven, entró de religioso en el orden de los conventuales de San Francisco, llamados vulgarmente observantes. Pasó largos años

en el estudio y ejercicio de las virtudes sacerdotales. Su presencia nada tenia de notable; advirtiéndose solo en ella una mezcla de rusticidad extranjera unida á las bellas formas italianas. Sin embargo, era ingenioso y amable, amigo de la literatura y artista; y su aspecto dejaba entrever una de aquellas almas candidas de las que es muy fácil abusar haciéndolas figurarse por término de sus concesiones la ventaja de la Iglesia y la felicidad del género humano. Pero uno de esos presentimientos que con tanta vivacidad se apoderan de las cabezas romanas, le habia mas de una vez iluminado en su soledad del convento de los Doce Apóstoles, con la idea de que algun dia seria llamado á dar principio de nuevo á la historia de Sixto V. Pobre como él, franciscano como él, se imaginó que la tiara debia reposar sobre su frente. Este pensamiento secreto le dirigió en los principales actos de su vida: quiso ocultársele á sí mismo, y cada paso que para esto daba, descubria á su pesar ese continuo é incesante móvil de sus aspiraciones. Fué amigo de los Jesuitas en la época de su prosperidad, tanto que en 1743, cuando estudiaba en el colegio de San Buenaventura de los franciscanos de Roma, se le oyó en un certámen teológico que presidió y que estaba dedicado á San Ignacio de Loyola, exclamar dirigiéndose á los Jesuitas: "Si alguna vez hubiera podido creer ó aun suponer que estuviese en mi facultad elegir por objeto de mi disertacion algun ramo de los muchos que abraza la ciencia sagrada que os fuese desconocido, en el instante se alzarían ante mí esos hombres tan ilustres de vuestra Compañía, cuyo excesivo número é indispensable mérito hubieran disipado todas mis dudas. Si en efecto se tratase de la interpretacion de la Escritura, aquí se verían los trabajos de Salmeron, allí los comentarios de Cornelio Atapide, de Tirino y de otros. Si la cuestion fuese de historia, encontraria á Bini (1), Labbe, Hardouin, Cossart y el celebre Sirmont con sus doctas explicaciones. Si me ocupase de controversia, seria Gregorio de Valencia con la madurez de sus juicios, Suarez con la extension de su ingenio, Vazquez con la penetracion de su privilegiado entendimiento, y otros ciento. Por último, si se tratase de luchar cuerpo á cuerpo con los enemigos de la fe y de sostener los derechos de la Iglesia, ¿podria acaso desatender el vigoroso raciocinio de Belarmino? Si quisiese ir al combate prevenido con armas de toda especie, y prometerme una victoria segura, olvidaria acaso las obras de Dionisio Petau, glorioso baluarte elevado en defensa de los dogmas católicos? Sea cualquiera el lado donde dirija mi vista, y de cualquier género la ciencia y estudio que recorra, veo siempre padres de vuestra Compañía que en él se han hecho célebres."

(1) Bini jamas ha pertenecido á la Compañía de Jesus. Fué Canónigo.

Tal era el juicio que Ganganelli había formado de los Jesuitas. En 1759, Clemente XIII, por recomendación de Lorenzo Ricci, general del instituto, pensó en honrar al franciscano con la púrpura romana. El P. Andreucci, también Jesuita, fué el encargado para las informaciones de costumbre. Tan favorables fueron, que el papa no titubeó un momento, y el franciscano Ganganelli se vió de repente cardenal por el crédito y favor del instituto. En Lisboa, los hijos de Loyola fueron causa de que Pombal fuese nombrado ministro; en Madrid fueron igualmente protectores de D. Manuel de Roda y del cardenal de Solís, y en Roma, por último, pusieron á Ganganelli en el camino del pontificado.

En otros tiempos y con imaginaciones ménos ardientes por las novedades sociales, cuyas tristes consecuencias á nadie era fácil prever, se hubiera bendecido el nombre de Ganganelli; y hubiera pasado por el trono pontifical, honrando la humanidad y haciendo amable la autoridad apostólica. Pero su carácter, cuya expansiva franqueza sabía con mucho arte servirse del disimulo como de un escudo impenetrable, no tenía el temple necesario para desafiar á las pasiones. Llegado á la cumbre de la grandeza, Ganganelli quiso reinar para satisfacer sus sueños íntimos. Si la tempestad que creyó calmar con temporizando, no le hubiera arrastrado mas allá de sus deseos y previsiones, no hubiera dejado en los anales de la Iglesia mas que una memoria, en cuya alabanza ó vituperio jamas se hubieran ocupado los partidos. Pero no fué así. Clemente XIV había consentido en hacer cuanto la opinion dominante y el odio de la casa de Borbon exigían con el objeto de dar á la Iglesia una paz por aquel entonces imposible. Entró en este camino, franqueado por su elección, y le recorria hasta su fin mas como víctima que como sacrificador.

Las fiestas y felicitaciones ocuparon los primeros dias de su exaltación. El pueblo, que siempre se apasiona de un nuevo papa, celebró con entusiasmo al que el cónclave acababa de elegir. Las condiciones debatidas y aceptadas eran un misterio para él. Algunos entendimientos previsores creyeron que no todo había podido pasar segun las reglas; pero contenidos, ya por la deferencia, ya por temor de alarmar sin pruebas irrecusables la conciencia pública, permanecieron en silencio. Los romanos, gozosos con este nuevo pontífice, hijo del pueblo como ellos, querían ver su jovialidad y su sutileza (1). En todas partes donde se presentaba en su carro-

(1) Aun se cita de él un juego de palabras que hizo reir á todos los romanos, buenos apreciadores de esta clase de agudezas. Al ir Clemente XIV con gran pompa á tomar posesion de la Basílica de San Juan de Letran, se cayó de la mula en que iba montado, y se cayó al bajar una calle inmediata al Carditolio. Este fué un mal agüero para él porvenir de su pontificado. Los car-

za, revestida de oro y terciopelo, era saludado con muestras de alegría, y su bendición no recaía sino sobre cabezas piadosamente inclinadas. El afecto había reemplazado al respeto. Se le creía clemente de hecho como de nombre, y cada uno de por sí se fatigaba por figurarsele como el ideal de sus sueños, haciéndolo sufrir en cierto modo la tiranía de la popularidad. Los embajadores se gozaban en organizar y dirigir los aplausos de la multitud, persuadiéndola de que el resto de Europa tenía igual confianza en el pontífice, que la que mostraban los habitantes del patrimonio de San Pedro. Ganganelli no quiso acordarse de que el pueblo en las aclamaciones con que embriaga al soberano, encuentra una garantía de libertad para las maldiciones que tiene reservadas. El entusiasmo y la ternura de los romanos son tan variables como su clima, y en estos momentos de delirio paternal ó filial, papa y cristianos, el pastor y las ovejas, todos olvidan el provecho que pueden sacar de este axioma eternamente verdadero que el general Collecta, uno de los escritores revolucionarios de Italia, sacó del olvido en que yacía: "La popularidad y la clemencia, dice en su *Historia del reino de Nápoles* (1), son lujo de reyes, mientras que la justicia y la firmeza son los únicos móviles del gobierno."

En medio de los trasportes de alegría con que los ciudadanos de Roma asedian siempre al nuevo pontífice (2), Ganganelli se encontraba radiante de gozo. Veía por experiencia cuán dulce es ser papa; y bajo el mentido entusiasmo de sus súbditos, quiso borrar la idea de las condiciones por las cuales había llegado á serlo. Se figuraba que con promesas dilatorias, con adulaciones á los soberanos, y sobre todo, con una buena voluntad, podría ganar tiempo, y ayudado de una sabia tolerancia, cicatrizar algun dia las llagas del catolicismo, sin verse precisado á tocar á la Compañía de Jesus. Esta política espectadora, que también se avenía con las miras de Luis XV, no convenía al rey de España, como ni tampoco á Choiseul, Pombal y Aranda. Los filósofos esperaban mucho de Clemente XIV. El rey de Prusia, Federico II, era maestro y adepto al propio tiempo de aquellos; pero Federico les conocía á la legua. Dijo muchas veces que si tuviese necesidad de castigar á alguna de

denales y los príncipes que le rodeaban, se acercaron para tranquilizarle, y para asegurarse de si se había ó no hecho algun daño. El papa les contestó sonriéndose: "Non abbiamo contusione, ma confusione."

[1] *Storia del Reame di Napoli del generale Pietro Colletta, lib. VI, pág. 62.*

[2] En una carta al prelado Cerati, sobre la muerte de Benedicto XIV, carta fechada en 6 de Mayo de 1758, Lorenzo Ganganelli, aun f. aile franciscano, se explica así sobre los romanos: "El pueblo romano, dice, que sube y baja como las olas del Mediterráneo, y que querria cambiar de papa todos los años, se alegra de que por fin haya muerto éste, que ha reinado diez y nueve; pero dejémosles entregarse á su alegría insensata. Antes de seis meses conocerá su desgracia, y se unirá al mundo entero para llorar á Benedicto XIV."

sus provincias, la daría á gobernar á los filósofos. Quiso por el contrario, recompensar á la Silesia; y no obstante las súplicas y sarcasmos de los enciclopedistas, mantuvo allí á los Jesuitas. La determinacion del rey de Prusia era irrevocable; D'Alembert, sin embargo, la atribuía á la alegría que la eleccion de Clemente XIV habia infundido en los incrédulos, y el 16 de Junio de 1769 le escribia (1): "Se dice que el franciscano Ganganelli no se las promete buenas á la Compañía de Jesus, y que San Francisco de Asís podrá muy bien matar á San Ignacio. Me parece que el santo padre franciscano, como es, hará la mayor simpleza en licenciar sin mas ni mas su regimiento de guardias, por complacer á los príncipes católicos. Me parece que este convenio es igual al que hicieron los lobos con las ovejas, cuando pusieron como primera condicion, que éstas despidiesen á los perros, y todos saben cuál fué en seguida su suerte. Sea de esto lo que quiera, lo que hay aquí de singular es, que mientras sus magestades, católica, apostólica, cristiana y fidelísima, destruyen á los granaderos de la Santa Sede, vuestra heretiquísima magestad sea la única que los conserve."

Bajo una ligera y festiva forma, D'Alembert revela la última palabra de los filósofos. Esta última palabra es la condenacion de Clemente XIV, pronunciada en su interior por los mismo que, á fuerza de adulaciones, hicieron cuanto pudieron por conducirle á su ruina. El pontífice titubeaba; y el 7 de Agosto del mismo año, D'Alembert volvió á escribir á Federico II: "Se asegura que el papa franciscano se hace tirar mucho de la manga para abolir á los Jesuitas (2). De nada me admiro, pues solo el proponer á un papa que destruya tan valiente milicia, es como si se propusiese á á vuestra magestad que licenciase su regimiento de guardias."

Estas confesiones, tan llenas de previsiones revolucionarias y anticatólicas, no se hacian sino á media voz, guardándolas para los sueños del porvenir. En presencia de la opinion y de la Santa Sede, el lenguaje era muy distinto: se proferian las imputaciones mas extrañas y escandalosas contra el orden de Jesus, acusándole de que minaba los tronos y tendia á perder la Iglesia. El rey protestante no hacia el menor caso de este cúmulo de animadversiones, y el 3 de Abril de 1770 respondia á D'Alembert (3): "Engreida la filosofía en este siglo, se muestra con mas resolucion y fuerza que nunca. Pero vamos claros, ¿qué progresos ha hecho? Me diréis que ha acabado con los Jesuitas. Convengo; pero os probaré, si queréis que no ella sino la vanidad, los resentimientos, las intrigas, el interés, en fin, lo han hecho todo." El enciclopedista no necesitaba la

[1] *Œuvres philosophiques de D'Alembert, Correspondance, t. XVIII.*

[2] *Ibid.*

[3] *Ibid.*

prueba; demasiado la sabia: mas á pesar de eso, con su influencia con la corte, con el ministerio, con los parlamentos y con la literatura, no dejó de continuar el doble juego que tambien cuadraba á su carácter.

Los filósofos estaban á la expectativa. El rey de España se entregaba al regocijo, porque tenia el secreto de Ganganelli. El cardenal de Solís, Aranda y Azpuru tambien estaban iniciados en él; pero se hizo un misterio para los demas secretarios del despacho. Esto es lo que explica la gradacion del interés que se encuentra á cada página de su correspondencia con Roma. Esta capital era el centro donde afluían los proyectos, las esperanzas y los sueños mas lejanos. Cada uno basaba en el nuevo papa un sistema de revolucion disfrazado con el nombre de cambios indispensables ó de progreso moral. Se recogía la menor palabra, se expiaba el gesto mas indiferente, y se comentaba la sonrisa ménos expresiva del pontífice, para sacar de todo un argumento en favor de las ideas ó de las ambiciones que á cada cual dominaban: unos le atribuían un lenguaje impropio de su carácter pontifical; otros le fabricaban virtudes filantrópicas, y referían á su antojo mil anécdotas variadas que, despues de haber alimentado la ociosidad de los cafes de Roma, llevaba tras sí el torrente de la publicidad. No era al verdadero papa á quien pintaban; era al arbitrario pontífice que su imaginacion se forjaba. Roda, que no fué llamado á las confidencias de su señor y que ignoraba de todo punto el acta firmada por Ganganelli, no se atrevía á entregarse de lleno á una esperanza quimérica. "¿Qué queréis que os diga, escribe aquel desde Aranjuez el 6 de Junio al caballero de Azara, sobre las noticias que he recibido del gran teatro del cónclave, puesto que ya *acta est fabula*? Salió falso el proverbio: ni mas Sixto V, ni mas fraile Francisco. Todos ahora estarán á la expectativa de las primeras medidas del nuevo papa. Ya veremos. Cuántos prelados caerán por tierra, y cuántos otros alzarán su frente asombrados con un golpe inesperado. Monseñores Alfani y Guarantello volverán á residenciar sus beneficios; monseñor Macedonio aguardará el capelo, y con él otros muchos."

El 13 de Junio, Roda se explica así: "Ya adivinaréis sin duda la alegría que aquí reina por la eleccion del papa. No ha sido lo mismo en Francia. Al ménos Fuentes nos escribe cartas llenas de tristeza y mal humor sobre Ganganelli. Veremos lo que hace, pues esta es mi regla. No dado que Azpuru sea el autor de todo esto. En vuestra anteúltima carta, ya me indicásteis algo. Lo que es yo, tanta parte he tenido en su eleccion, como en la del gran visir. Mi amistad y correspondencia con él mientras estuve en Roma, y que ha querido continuar por cartas, es pública y notoria, y esto dará causa á las voces que corren y de los que me habláis. Sabeis bien cuánto he escrito sobre este punto. Sea lo que quiera, me agrada

BIBLIOTECA CENTRAL

mas que él sea papa que otros en quienes se pensaba. Que le dejen en paz tocante á su órden y á su escuela, que en cuanto á lo demas, espero que será condescendiente, á ménos que no le trastornen la cabeza."

Los que estaban en el secreto de lo que se habia acordado el 16 de Mayo, entre Solís y Ganganelli, no ocultan su alegría; mientras que los demas se inquietaban al ver una confianza que les parece apoyada en vagas aserciones. El conde de Campomanes se dirige á su vez á Don Nicolas de Azara, y el 18 de Julio escribe lo siguiente el célebre fiscal: "Por lo que hace al papa, yo me atengo como V., á la experiencia. Roma y su corte tiene intereses muy opuestos á los nuestros; y por consiguiente es error querer que obren contra lo que les importa. La mayor parte de sus negocios están prendidos con alfileres, y así usan de arte; y el arte nuestro deberia ser no pedir cosa que no sea absolutamente justa y necesaria á la que el papa no pueda resistirse y obrar con firmeza (1)."

El franciscano Joaquin de Osma, confesor del rey, se encarga de solicitar y activar la causa de beatificacion de Palafox. Este es un medio que la corte de España creyó oportuno para herir en lo mas vivo á la Compañía de Jesus. Sus demas enemigos de Madrid la hacian una guerra mas franca, pero ménos encarnizada. El 12 de Septiembre, Roda, que no tenia la mayor fe en Clemente XIV, escribia á Azara: "Es tan poca cosa lo bueno que espero de Roma, que prefiero pensar que no será nada. Todos escriben maravillas del papa, refieren las conversaciones íntimas que han tenido con su santidad, y las muestras de respeto que de él han recibido; solo vos sois quien no veis tan bellas cosas, puesto que nada me escribis de eso. Parece que son muchos los proyectos que ocupan al papa. Lo que yo querria, era que los nuestros adelantasen mas."

A pocas semanas del intervalo, Roda se irrita, se exaspera, y el 31 do Octubre se explica en estos términos con su confidente diplomático de Roma: "¡Qué feliz sois, le dice, en ser un simple espectador, y no tener papel en esa comedia que, por la misma fuerza de las cosas, se terminará en tragedia! La Francia, que hasta el dia ha consentido en nuestras resoluciones y aprobado todas nuestras medidas, comienza á alejarse de nosotros, persuadida de que somos juguetes de Roma, que no quiere mas que llevar adelante sus propios negocios, y del papa, que no piensa sino en los de su escuela y su órden, desentendiéndose y aun sacrificando nuestros intereses comunes."

"Los Jesuitas aprovechan la ocasion, y trabajan á dos manos

(1) Véase el fac-símil n. 5.

Carta de Don Ruys de Campomanes al caballero de Azara.

Amigo Sr. He estimado el tratado pontificante del P. Borromeo vexe nus como viene, y pxeunae gueno nes dexa sin respucta esna tancha xa, que admisa aca valer para mai pectua al tiempo en defensa sofesmas.

Yo me atengo enquanto a Papa como Vm a la experiencia Roma y su Curia tienen intereses muy opuestos á los nuestros, y por consiguiente e error, q uexer que obren contra lo que les importa. Lo mas esta preso con alfileres, y así usan de arte, y el arte nuestro deberia ser no pedir cosa que no sea absolutamente justa y necesaria á la que el papa no pueda resistirse y obrar con firmeza.

obrar con firmeza

De estudios estamos muy mal y aun no ay traza de hacer muy sólidos progresos en muchos puntos: uno por buen, y otros por contradicción se venen en impedir la luz.

Su hermano de Vm va afurcando en sus preteruniones ariungul son de naturaleza lenta, pero no se perderá tpo en enmendarle

Atando Su a Suaf ans

Campaner

Pa^o 7 Julio 18 de 1169

Dr. Don Nicolas Sph de Arana

por sí mismos y por sus emisarios. Conocen mejor que nosotros al papa y sus ministros; y harán de modo que el papa quede sin libertad de obrar, ó al ménos finja no tenerla, sin exponerse á un cisma.

"Si mi voto prevaleciese, ya se hubiera atado mas corta cualquiera negociacion con Roma, y se hubiera emprendido desde luego la obra que tanto nos importa, sin hacer caso del papa. Antes de pedir nosotros, hagamos que nos pidan, y que nos vengan á buscar."

El cisma estaba en gérmen en esas palabras ministeriales. En Roma, como dice muy bien Roda, los embajadores y los cardenales del partido de las coronas habian restablecido una Babel, que era un prodigio de confusion, y el 5 de Diciembre el ministro expresa así este pensamiento á Azara: "Os estoy viendo mero espectador de ese teatro en que se representan las farças mas ridiculas. Asomaos al palacio; y os reireis, teniendo al mismo tiempo lástima de los actores, que acabarán por ser silbados."

No hay cosa mas deplorable que la historia estudiada bajo el punto de vista de la diplomacia, que se debate en sus correspondencias íntimas. Pero á fin de que no se pierdan estas lecciones ni para Roma ni para el mundo católico, nada omitiremos de este lenguaje que se renovará mas de una vez.

Al subir al trono Clemente XIV, quiso renovar las relaciones diplomáticas con la corte de Portugal. Carvalho, marques de Pombal, estuvo tan duro y tan insultante, como los ministros de Francia y de España. El 26 de Diciembre de 1769, cuenta Roda cómo recibió Pombal la demanda del pontífice, y bajo qué condiciones fué aceptada: "Por lo que toca, dice, al nombramiento de Monseñor Conti como nuncio en Portugal, el embajador me ha dicho que no cree que esto sea consecuencia de haberse arreglado las diferencias entre esa corte y la de Roma, ni ménos el que Carvalho haya desistido por esto de sus compromisos. Almada, desde las primeras audiencias que tuvo con su santidad, escribió que el papa desearia tener un nuncio en Lisboa, á lo que dijo Carvalho: que teniendo el Portugal su ministro en Roma, era muy justo que el papa tuviese el suyo en Lisboa. Con esta respuesta el papa mandó la terna, en la que proponia á Conti en primer lugar, creyendo que seria bien recibido, á causa de su antijesuitismo, y la contestacion fué: que su santidad mandase á quien le pareciese. Apenas llegó este aviso á Roma, se publicó la eleccion de Conti, que marchará á Portugal á llenar sus funciones de enviado del papa, será tratado con todo respeto, y obrará de acuerdo con el encargado de negocios de Francia; pero en tanto que no se extinga la Compañia de Jesus, negocio el mas importante de todos, los demas quedarán á un lado."

Así, pues, la salvacion de las almas, las necesidades de la Igle-